

Introducción

“Ese día estallará la revolución universal y el actual orden de cosas basado en la propiedad, la explotación, la dominación y el principio de autoridad burguesa y doctrinaria desaparecerá; no quedará piedra sobre piedra, primero en Europa y luego en el resto del mundo”.

Eduardo Mendoza
La ciudad de los prodigios

A comienzos de la década de 1920 el jurista andaluz Juan Díaz del Moral escribió: “la proyección más intensa y más interesante del anarquismo peninsular es hacia el Continente americano; no existe, probablemente, sector ninguno de la sociedad española que sostenga relaciones más extensas ni más cordiales con los hombres del nuevo continente...”.¹ Esa apreciación se convirtió en una preocupación para los diplomáticos españoles destinados en Cuba tras la emancipación. De hecho, en enero de 1913, el cónsul en la capital cubana alertaba, en un informe dirigido al Ministerio de la Gobernación en Madrid, sobre la creciente presencia de anarquistas españoles en toda la Isla que “como se ven acosados por las policías europeas, donde son perseguidos de cerca, han escogido como sitio estratégico La Habana para despistar”.²

Las palabras del cónsul son un indicativo de cómo en la mayor de las Antillas, si bien el predominio ácrata anunciado por el notario cordobés comenzó en las dos últimas décadas del siglo XIX, los primeros años del

1 Díaz del Moral, 1984, 178.

2 “Copia del informe reservado enviado el 27 de enero de 1913 por el cónsul español Julián María del Arroyo desde la Legación de España en La Habana al Ministerio de la Gobernación en Madrid en el que se da cuenta del desarrollo del anarquismo en la Isla”. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, (en adelante AMAE), Fondo Política Interior Cuba, Serie Orden Público, Subserie Anarquismo, Expedientes P=M=O. Leg. H 2757, siglo XX.

siglo XX resultaron fundamentales tanto para la reorganización, como para el crecimiento de esta corriente de pensamiento que, de hecho, alcanzó su máxima expresión durante las dos primeras décadas de la República. En ese sentido, la última guerra de independencia marcó un punto de inflexión. Tras ella, la Isla se convirtió, ante los ojos de los ácratas, en un escenario –el último en el continente americano quizás– donde la probabilidad de materializar la proyectada “revolución social” era más que factible. Por lo que a partir de entonces ese objetivo se convirtió en el motor que guiaría y daría impulso a la actuación de los anarquistas y que al mismo tiempo serviría de reclamo para la llegada de otros ácratas procedentes del exterior.



Mapa 1. La Isla de Cuba a comienzos del siglo XX.

Para entonces, además, Cuba constituía una particularidad dentro del resto de países americanos con presencia anarquista donde, desde finales del ochocientos, los distintos gobiernos estaban poniendo en marcha mecanismos de control social que afectarían directamente a las actividades de los ácratas y sobre todo de los *emigrados* extranjeros.³ Esta circunstancia

3 En concreto, las medidas para frenar el avance del anarquismo en América Latina se pusieron en marcha ya a finales del siglo XIX. Destacan en ese sentido una primera conferencia celebrada en Washington en 1889 que se continuó con la Segunda Reunión Panamericana de México de 1902, asamblea que tuvo por objeto la elaboración de un Tratado de Extradición y Protección contra el anarquismo al que no se adhirió Cuba. A partir de entonces se aprobaron medidas concretas en algunos países como la Ley de Residencia del año 1902 aprobada por el gobierno argentino, la ley represiva y antiliberal brasileña planteada por el Senador Gordo o la Ley 72 de 11 de junio de 1904 sobre inmigración general aprobada en Panamá, que en su artículo 5 prohibía la inmigración de anarquistas. Más información sobre esta cuestión en Viñas (dir.), 1983, 38-41. El Tratado de Extradición y Protección contra el anarquismo en Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México DF –en adelante AHSRE–, Serie Legajos Encuadernados (LE), 158, 52 ff.

vino a coincidir precisamente con el momento en que muchos anarquistas españoles estaban abandonando la Península debido al ambiente represivo inaugurado a finales del siglo XIX, recrudecido con los sucesos que dieron lugar al conocido como Proceso de Montjuich.

En este libro nos proponemos analizar el desarrollo del anarquismo en Cuba después de la independencia, centrándonos en señalar el aporte de los anarquistas españoles a ese desarrollo, así como su contribución a la organización de la clase trabajadora. Para ello hemos enmarcado la cuestión en las primeras décadas republicanas llegando hasta 1925, año de creación del Partido Comunista de Cuba.

¿Por qué escoger las tres primeras décadas de República en Cuba? La elección de ese período no es caprichosa. Si bien la presencia de anarquistas en la Isla, y entre ellos de *emigrados* españoles, no es exclusiva de esa etapa —de hecho, para introducir al lector en la temática propuesta nuestro estudio arranca de las últimas décadas del siglo XIX, por ser el momento en que se establece el puente entre los ácratas de la Península y la colonia—, sin embargo, hemos privilegiado la etapa de la historia de Cuba en que, como hemos avanzado, el crecimiento y la repercusión del anarquismo fueron mayores.

Esta circunstancia está suficientemente probada a través de las distintas fuentes que nos han dejado testimonio sobre ese fenómeno, no sólo las obreras y las propias del anarquismo, sino y más importante, las ajenas al movimiento libertario, tales como los cónsules y diplomáticos españoles, los representantes del gobierno norteamericano, las propias autoridades republicanas cubanas o la prensa burguesa, además de observadores coetáneos. En todos los casos coinciden en destacar el crecimiento del anarquismo en la Isla vinculando el fenómeno a la llegada y a la labor de anarquistas españoles.

Sin embargo, es importante señalar que el grupo de *emigrados* objeto de nuestra investigación supone una minoría, desde el punto de vista cuantitativo, en comparación con el total de inmigrantes que durante el mismo período se instalaron en la mayor de las Antillas. Por tanto, teniendo en cuenta que la mayoría de esos inmigrantes entraron en contacto con el anarquismo en la Isla, una de las cuestiones que abordaremos será verificar cuáles fueron los factores que contribuyeron a que buena parte de ellos, junto a muchos trabajadores cubanos, se adhirieran al proyecto propuesto por los

anarquistas; al mismo tiempo analizaremos en qué consistió ese proyecto y cómo se materializó en la práctica; todo lo cual nos ayudará a entender cómo el anarquismo se convirtió en una de las principales opciones para los sectores subalternos de la Isla.

El punto de partida resultó difícil. La situación de desorganización en que les había dejado la última contienda independentista cubana haría necesaria una intensa labor. Sin duda esta circunstancia sirvió también de acicate para que algunos ácratas, caso del español Adrián del Valle, entre muchos otros, decidieran asentarse en la mayor de las Antillas.

Al mismo tiempo, el cambio político que llegó con la “independencia” creó unas condiciones que los ácratas supieron capitalizar en beneficio propio. En principio, encontramos a comienzos del siglo XX en Cuba una nación en construcción y un escenario plagado de cambios visibles en distintos aspectos. Así, desde el punto de vista político —en ese aspecto Cuba compartió los rasgos fundamentales de otras sociedades latinoamericanas— la construcción del Estado liberal y el nacimiento de un sistema republicano democrático daría paso a un corpus legislativo gracias al cual los anarquistas pudieron reorganizarse en grupos y llevar a cabo sus actividades, siempre que éstas no amenazaran el orden social establecido. En el mismo sentido, la falta de medidas implementadas por los distintos gobiernos tendientes a solucionar la situación de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, así como el hecho de que el resto de tendencias políticas —partidos obreros socialistas y organizaciones obreras nacionalistas— tampoco cubrieran ese déficit, dejó abierto un espacio donde el socialismo revolucionario fue adquiriendo mayor presencia, encontrando con ello el apoyo creciente de los trabajadores y los sectores populares.

En el mismo sentido, otro de los factores que contribuyeron al arraigo y crecimiento del anarquismo en el período escogido está directamente relacionado con la cuestión socioeconómica. Al convertirse Cuba en un país productor de materias primas tras su emancipación, el desarrollo industrial se produjo directamente vinculado a la industria azucarera en su fase de transformación, así como a la exportación de dulce. De forma paralela a la expansión de esta industria, se produjo el desarrollo de otros sectores productivos, entre los que sobresalieron las industrias menores —fundiciones de metales, elaboración de subproductos derivados de la caña de azúcar como licores, alcoholes o aguardientes, ropa y calzado, cervezas y

licores, transformación de alimentos, etc.—, la tabacalera y cigarrera y el comercio.

Todo este desarrollo tuvo su reflejo en el despegue del proceso urbanizador. Los distintos gobiernos se ocuparon de garantizar las inversiones de capital en la construcción y reconstrucción de infraestructuras, tanto en las ciudades, a través de la realización de obras de ingeniería municipal —alcantarillado, pavimentación, abasto de agua, edificios públicos, etc.—, como en el campo, en el que las mayores atenciones se centraron en la construcción de ferrocarriles y de centrales azucareras; todo lo cual se complementó con las obras para la mejora de los puertos, puntos principales de conexión con el exterior. Uno de los lugares donde más se pudieron observar las transformaciones económicas fue en las ciudades y sobre todo en La Habana, donde, en pocos años, cambió de forma considerable la imagen física de la ciudad.

Este característico crecimiento demandó un tipo específico de trabajador. Además de los jornaleros y los trabajadores del campo —empleados en la industria azucarera—, el resto de sectores productivos eran cubiertos por artesanos y trabajadores de oficios especializados, entre ellos tipógrafos, barberos, zapateros, albañiles, carpinteros, pintores y un largo etcétera, así como del sector servicios —comercio en su mayor parte— y de profesiones liberales que completaban el panorama productivo urbano y semiurbano. En ese sentido, los actores que forman parte del escenario propuesto y que son el objeto de nuestra observación son un grupo de trabajadores manufactureros y de oficios variados que, en un principio, se encuentran radicados principalmente en la ciudad de La Habana y que poco a poco, irán incrementando su presencia en el resto de ciudades y poblaciones de la Isla. En menor medida, se trata de trabajadores del campo. Todas esas categorías profesionales coincidían con los grupos profesionales que, desde las últimas décadas del siglo XIX, se estaban federando en España para crear asociaciones obreras con un marcado carácter anarquista y en la mayor de las Antillas se convirtieron en el caldo de cultivo para el crecimiento del ideal libertario.

Pero, sin duda, la propia acción anarquista se convirtió en uno de los principales reclamos para los sectores subalternos. Desde comienzos del siglo XX los líderes de estos sectores hicieron hincapié en reforzar aquellos aspectos que habían puesto en práctica durante las últimas décadas del

siglo XIX, demostrando a los trabajadores la funcionalidad de su estrategia, al tiempo que fueron complementándola y reforzándola con nuevas prácticas. En ese sentido, a lo largo de la etapa propuesta privilegiaron las estructuras organizativas federativas, así como la organización sindical y la lucha por obtener demandas parciales inmediatas –la jornada de ocho horas y el aumento de los salarios, junto con el pago en moneda americana, fueron las reivindicaciones más frecuentes–, siempre abogando por organizar la huelga general revolucionaria que acabara con el “orden burgués”. Al mismo tiempo, la estrategia anarquista en la práctica se basó en impedir la intermediación del Estado o de cualquier tipo de organismo representante de los trabajadores; fieles a sus principios anti Estado y anti gobierno, defendieron la negociación directa entre los trabajadores y los productores. Asimismo, al tratarse en su mayor parte de obreros manufactureros y de oficio, de los que dependía en cierta medida el producto final de su trabajo, les confería una mayor capacidad de presión a la hora de negociar con los patronos. Todo ello supuso que a la larga fuesen adquiriendo un marcado carácter anarcosindicalista, que se fue acentuando durante la segunda década republicana. De esa forma, y sin abandonar su objetivo milenarista de materializar la revolución social, los anarquistas ofrecieron a esos sectores una posibilidad de revertir su situación a corto y medio plazo.

Todo lo anterior se completaba con la puesta en marcha de actividades variadas organizadas por los componentes de los distintos grupos que se fueron creando a lo largo de la etapa propuesta y que tenían el objetivo de difundir el ideal libertario, aumentando y consolidando con ello la comunidad ácrata. Entre ellas destacaron la edición y distribución de periódicos y publicaciones libertarias, la realización de excursiones de propaganda para difundir el “Ideal” por toda la Isla, la creación de escuelas alternativas a la oficial que siguieron los métodos pedagógicos racionalistas y, por supuesto, la participación directa en los conflictos laborales protagonizados por los trabajadores. Al mismo tiempo, el proyecto ácrata intentaba trascender el marco laboral para integrar tanto a los trabajadores como a su familia, ofreciéndoles algunas alternativas que sustituyeran a las tabernas y otros lugares públicos, donde estos sectores pudieran informarse, educarse o divertirse. En todos estos ambientes lanzaron un mensaje unificador e igualitario, totalmente al margen de las distinciones frecuentes en otros sectores obreros, de manera que crearon un nuevo marco y unos espacios

propios que funcionaron como órganos de sociabilidad, donde sus integrantes se encontraban unidos por una cultura política propia y enfrentada al sistema socio-cultural vigente, en la que se resaltaban valores como la razón, en contra del oscurantismo heredado de la época colonial, la fe en el progreso y la ciencia o el reconocimiento de los derechos y libertades del hombre, al tiempo que consideraban imprescindible la instrucción para el obrero y se declaraban por encima de cuestiones de raza, nacionalidad o color de la piel.

El hecho de que buena parte de los interpelados fueran mano de obra inmigrante supone que estemos hablando de un grupo de desarraigados en una sociedad extraña y cambiante como era la cubana de principios del siglo XX, donde se estaban construyendo una identidad y una “cultura nacional” por oposición a todo lo anterior y donde los sectores más criticados eran el español, antiguo “opresor”, y el americano, nuevo “dominador”. En ese sentido, las organizaciones ácratas ofrecían también a los recién llegados la posibilidad de superar esa situación.

De ese modo, la propuesta de los anarquistas en Cuba –en la cual desempeñaron un papel determinante los *emigrados* españoles– trascendió los planteamientos meramente organizativos para ofrecer a los sectores subalternos nuevas posibilidades de conseguir el objetivo de la sociedad igualitaria y mediante la organización de clase que defendían, combinada con la acción sindical –alcanzar acuerdos a través de la presión–, dotaron de potencial revolucionario a una sociedad donde el peso de la inmigración era importante y que estaba habituada a formas coactivas de trabajo. No hemos de olvidar que hasta 1886 estuvo vigente el sistema esclavista.

A finales de la segunda década republicana la situación cambió. Entre los años 1915 y 1920 la inmensa mayoría de los anarquistas españoles fueron expulsados de la Isla. La generalización de los conflictos y movimientos huelguísticos, en los que los ácratas tuvieron un especial protagonismo, y la repercusión de la Revolución rusa de 1917, a lo que no debió resultar ajeno el hecho de que para entonces las generaciones de cubanos nacidos después de la emancipación alcanzaban la edad laboral, motivaron a las autoridades republicanas a limpiar la Isla de “extranjeros perniciosos”.

El resultado fue que para comienzos de la década de 1920 todos aquellos *emigrados* españoles que se habían destacado durante los años anteriores ya estaban fuera de la Isla. Sin embargo, lejos de acabar con el anar-

quismo en Cuba, las organizaciones anarcosindicalistas seguirían en marcha. La estela de los expulsados sería seguida y sus empresas continuadas por aquellos anarcosindicalistas cubanos, como Alfredo López o Antonio Penichet, que habían trabajado junto a ellos en la difusión de la ideología libertaria. De modo que la consolidación de las propuestas de organización anarcosindicalista se llevó a término con la fundación en 1921 de la Federación Obrera de La Habana –FOH–, que tendría su continuidad cuatro años después en la Confederación Nacional de Obreros de Cuba –CNOC–, organizada en 1925.

Precisamente 1925 sería un año decisivo para la organización de los trabajadores. Nuevas opciones se abrían en su horizonte con la creación del Partido Comunista de Cuba –PCC–. No obstante, las organizaciones anarcosindicalistas aún conservarían su protagonismo, al menos hasta los primeros años de la década de 1930.

Antes de seguir adelante queremos hacer un inciso para matizar algunos de los términos utilizados en nuestra investigación. En primer lugar, nosotros participamos del concepto clásico revisado por Edward P. Thompson por el que la “clase” es vista como “una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable”. En ese sentido, nuestro estudio se encuentra inmerso en el proceso de formación de la clase trabajadora en Cuba, donde los anarquistas desempeñaron su papel al ofrecer a los trabajadores elementos para conformar una identidad común y enfrentada a la clase burguesa “opresora”. Este aspecto resultó fundamental para muchos de aquellos inmigrantes peninsulares en parte excluidos del sistema si no se naturalizaban cubanos. Asimismo, en el concepto “thompsoniano” quedan incluidos distintos sectores sociales además de los trabajadores, como las mujeres o los niños, y en nuestro caso también aquellos grupos que en la sociedad cubana aparecen como los más marginales: la población de color. En ese mismo sentido debemos entender el espíritu internacionalista ácrata y su concepto de solidaridad humana.⁴

Del mismo modo, esta es la historia de aquellos “promotores” o “intelectuales colectivos” que llegaron a la mayor de las Antillas con el objetivo de formar e integrar a la incipiente clase trabajadora en un proceso pro-

4 Thompson, 1989, XVI.

pio de organización y preparación ideológica que consideraban previo a la “revolución social”. Encontramos entre ellos a periodistas y otros profesionales, en la mayoría de los casos de escasa cualificación, pero que tenían una visión propia del mundo y que, a través de sus actividades, transmitieron una crítica política que pretendía dirigir a las capas emergentes en la nueva sociedad cubana hacia la formación de una nueva clase. En ese sentido, nuestros protagonistas nos recuerdan al “intelectual orgánico gramsciano”.⁵ Hemos de advertir que, aunque no sean el objeto principal de nuestro estudio, junto a los *emigrados* españoles aparecen constantemente anarquistas cubanos, lo que demuestra, en parte, que el crecimiento del anarquismo en la etapa escogida no fue debido exclusivamente a la actuación de los peninsulares, como mantiene buena parte de la historiografía que se ha centrado en el estudio del movimiento obrero en Cuba.

El hecho de que muchos de ellos procedieran de España hace necesaria una clasificación diferente del resto de inmigrantes. Precisamente las razones que les llevaron a la Isla y que les convirtieron en promotores les diferencian del resto de peninsulares que, en el mismo período, se instalaron en la mayor de las Antillas. En muchos de los casos manejados, los anarquistas abandonaron la Península huyendo de la situación política, convirtiéndose, de ese medio, en uno de los grupos que forman parte de la emigración definida como “marginal”.⁶ Por ello, hemos creído importante establecer la diferencia entre estos dos conceptos: emigrante y *emigrado* que, aparentemente, tienen igual significado. El primero define a aquella “persona que por motivos no políticos abandona su país para residir en otro”. *Emigrado*, por el contrario, se refiere a la “persona que reside fuera de su patria obligado por causas políticas”. De igual forma ocurre con la

5 Para Antonio Gramsci, las capas emergentes en una nueva sociedad que tienden a constituirse en clase generan sus propios intelectuales. De modo que en términos generales, el término “intelectual orgánico” se puede aplicar a “aquellos formadores de masas de hombres que dirigen su actividad profesional a divulgar su ideología, pero superando la faceta de meros oradores para convertirse en constructores, persuasores y organizadores, y que se circunscriben dentro de un proceso histórico definido y son creados dentro de ese proceso en el seno de las propias clases sociales a las que pertenecen”. Sobre este concepto, véase Gramsci, 1974, 388-396.

6 La emigración marginal es aquella que se produce clandestinamente y que está protagonizada por tres tipos de migrantes: los que abandonan su país por causas políticas –sobre todo motivadas por las represiones oficiales contra algunos sectores de la población–, los jóvenes que se marchan para evitar cumplir con el servicio militar y los que por alguna razón concreta no pueden conseguir un pasaporte para emigrar libremente. De Mateo Avilés, 1993.

entrada *inmigrado*, que se refiere a aquellos *emigrados* una vez establecidos en los países de destino, y que se diferencia del inmigrante no político. Sin embargo, es conveniente advertir también que no sólo llegaron a la Isla anarquistas expulsados por factores políticos, sino que, en otros casos, decidieron abandonar voluntariamente la Península con la intención de establecerse en la mayor de las Antillas y continuar las labores de proselitismo y difusión del ideal libertario; algunos, incluso, llegaron en respuesta a las solicitudes de ayuda de los propios ácratas asentados allí.

¿Por qué centrar en este momento nuestra atención en la revisión del anarquismo en Cuba? El estudio de la emigración política europea a América no es nuevo. Como ya hemos avanzado más arriba, desde que a mediados del siglo XIX se estableciera el puente entre las clases trabajadoras de los dos lados del Atlántico, el fenómeno suscitó el suficiente interés como para que observadores coetáneos hicieran referencia en sus obras. Autores actuales, entre ellos Antonio M. Bernal, destacan la participación e influencia significativa que este tipo de *emigrados*, entre ellos los españoles, ejercieron en los países que eligieron como destino, por cuanto contribuyeron de forma decisiva a la configuración de las vanguardias obreristas, políticas e incluso intelectuales en las repúblicas americanas.⁷ No obstante, siguiendo igualmente a este autor, hay que tener en cuenta que la importancia de este sector de la emigración española no puede ser evaluada en términos cuantitativos, por el escaso número que la integraba dentro de la corriente migratoria que se dirigió a América en esos años. Su trascendencia habría que valorarla cualitativamente, en base a su contribución a la organización de las clases trabajadoras del continente. Y aún cuando la tendencia general de la historiografía tiende a minimizar el aporte teórico que los socialistas y anarquistas españoles ejercieron en América, existe consenso en reconocer como fundamental su influencia en el aspecto organizativo y su participación en la fundación de editoriales, así como en la creación de publicaciones y bibliotecas que ayudaran a mejorar la formación de los obreros americanos. Y ello fue debido, en parte, a que los *emigrados* españoles no quedaron al margen de los problemas que afectaban a las clases trabajadoras en los lugares donde se establecieron, principalmente durante las primeras décadas del siglo XX, cuando se estaban confi-

⁷ Bernal, 1988, 160-162. La importancia de este tipo de emigración la señala este autor en 1992, 310-330.

gurando las opciones del sindicalismo revolucionario, el anarcosindicalismo y el sindicalismo puro como alternativas a los nacientes partidos políticos obreros.

Al propio tiempo, el tema escogido se antoja de actualidad, pues se enmarca en las últimas tendencias que abogan por las investigaciones en historia comparada —en nuestro caso, España-Cuba—, así como en las nuevas corrientes historiográficas que se están ocupando del análisis de los trabajadores fuera de Europa y Estados Unidos, concretamente en América Latina.⁸

De ese modo, la emigración política adquiere suficiente relevancia por sí sola. Sin embargo, puede sorprender plantear su estudio precisamente para Cuba, si tenemos en cuenta la cantidad de trabajos que en los últimos años se han presentado tanto sobre inmigración en la Isla, como sobre movimiento obrero. A pesar de ello, aún son escasos aquellos que relacionan ambas cuestiones en ese escenario.

En principio, son muy pocos los autores que antes de la revolución de 1959 se centraron en la organización de la clase trabajadora en la mayor de las Antillas y en el papel que en ese sentido desempeñó el anarquismo. En este caso debemos destacar la obra de Carlos Loveira, escritor coetáneo que nos ofrece la visión de un socialista y reformista vinculado a la American Federation of Labor —AFL— norteamericana, pero que en su juventud fue anarquista. Tanto en sus novelas como en su obra autobiográfica, *De los 26 a los 35. Lecciones de la experiencia en la lucha obrera (1908-1917)*, coincide en señalar la presencia notoria de ácratas entre los trabajadores de Cuba, aunque ofrece una interpretación negativa de su actuación al apartar al obrero de la política. En el mismo sentido está escrita la obra de otro exanarquista español, aunque naturalizado cubano, Hilario Alonso, quien tras destacar por su actuación reivindicativa y radical en las primeras décadas del siglo XX, a finales de 1920 se vinculó igualmente a la AFL. En la obra *El problema social en Cuba*, que dedica al dictador Gerardo Machado, Alonso hace una dura crítica contra todos los extranjeros, incluidos los anarquistas, que desde comienzos de la República no supieron interpretar adecuadamente la realidad sociolaboral de la Isla, trasladando la experien-

8 Sobre esta cuestión, véase Van der Linden, 2005, 345-369.

cia adquirida en sus países de origen, a la problemática cubana sin dar una respuesta diferente y adecuada.⁹

En sentido opuesto, podemos destacar las obras de otros autores coetáneos también, y que a la vez fueron destacados activistas ácratas, que inauguraron una línea autocomplaciente y apologética del anarquismo en la Isla, tales como Adrián del Valle o Antonio Penichet.¹⁰

La historiografía posterior a la década de 1930 se centró en el estudio de las clases burguesas, lo que explicaría el vacío sobre la temática propuesta. No obstante, si bien la situación cambiaría después de 1959, sin embargo, las investigaciones que se han llevado a cabo sobre el movimiento obrero en Cuba, numerosas en las últimas décadas del siglo XX, han estado marcadas por el triunfo de la revolución socialista, un hecho que tuvo efectos tanto positivos como negativos en lo que a la historiografía se refiere. Por una parte, rescató el interés por afrontar el estudio de las clases trabajadoras, de suerte que hoy día disponemos de multitud de trabajos que se realizaron en su mayoría en las décadas de 1980 y 1990 en la propia Isla. Pero, al mismo tiempo, inauguró una corriente de análisis marcada por unos objetivos claramente definidos de antemano. Los vínculos que se crearon entre Cuba y la URSS a raíz de la revolución condicionaron un tipo específico de lectura y un análisis del movimiento obrero que seguía la pauta de la antigua Unión Soviética, lo que se tradujo en una línea de interpretación que privilegia la orientación marxista haciendo al mismo tiempo una aprehensión selectiva de las teorías de Lenin. En ese sentido se debe entender el tratamiento que se le ha dado al anarquismo en Cuba.

El punto de partida de esta corriente historiográfica lo marcan los trabajos de José Rivero Muñiz, realizados principalmente en la década de 1960. Con un marcado estilo positivista, están centrados principalmente en recoger la evolución de la respuesta ofrecida por los trabajadores a las condiciones a que les sometía el proceso productivo. Si bien esta obra pionera en algunos momentos adolece de un análisis histórico contrastado, no por ello deja de tener valor desde el punto de vista documental, por cuanto recoge información recopilada de gran parte de la prensa obrera que tuvo

⁹ Loveira, 1917. De este autor véase también, 1980. Alonso, 1928.

¹⁰ Ejemplos de esta línea de interpretación, en Penichet, 1918 y 1922; y del Valle, 1907 y 1924.

al alcance en su momento y que hoy en día está desaparecida. Asimismo, a este autor le debemos la conservación de algunos de los documentos que de no haber sido rescatados por él en sus apéndices, probablemente se habrían perdido.¹¹

Siguiendo en gran medida los trabajos de Rivero Muñiz, la mayoría de la copiosa historiografía realizada fundamentalmente en Cuba en las dos últimas décadas del siglo XX ha estudiado a los trabajadores en su relación con el movimiento obrero, centrándose en destacar sus avances organizativos, sus luchas y proyecciones políticas, así como sus tendencias ideológicas.¹² Orientada principalmente por un objetivo teleológico: la búsqueda de las raíces históricas de la revolución cubana, y en determinar el papel que los trabajadores desempeñaron en la construcción de la nación, enfatiza los “desvíos ideológicos” de los anarquistas quienes, empeñados en mantener sus luchas en el marco estrictamente económico, desviaron la atención de los trabajadores de la política, lo que les llevó a desvincularse de los “problemas trascendentales” de carácter nacional, siendo el principal de ellos, en palabras de Fabio Grobart, “la lucha por la liberación de nuestra patria”.¹³ Guiada al propio tiempo por una intención en cierto sentido maniqueísta, esta línea de interpretación considera mínima la repercusión que el anarquismo tuvo en el desarrollo del movimiento obrero cubano, y la mayoría de los autores coinciden en calificarla de perniciosa por cuanto, por culpa de su antipoliticismo y su carácter antiestado, sus defensores desvincularon a los trabajadores de la construcción de la nación y la identidad cubanas, al menos hasta que la corriente marxista se afianzó en la Isla tras la creación del Partido Comunista de Cuba. Idea, esta última, que trasladan a los *inmigrados* españoles por ser, según su interpretación, los principales portadores y difusores de esta corriente de pensamiento en la Isla. De ese modo, sostienen que el anarquismo en Cuba se debió únicamente a la presencia de inmigrantes procedentes de la Península. Y en relación con esta idea tienden a definir el anarquismo cubano como una transposición del movimiento obrero español, sin tener en cuenta la situación y la realidad

11 De las obras de este autor podemos destacar 1962a, 1961a; o 1962b, entre otras.

12 En esa línea está planteada, por ejemplo, la obra recopilatoria editada por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista en Cuba, 1985.

13 Grobart, 1949, 939-958.

socioeconómica de la Isla, cuyo resultado fue lo que han denominado “españolización del movimiento obrero cubano”.¹⁴

Junto a este tipo de orientaciones –más dogmáticas o doctrinarias– destacan, al mismo tiempo, otra serie de obras, también realizadas por autores cubanos, que nos ofrecen un análisis menos crítico con los ácratas, y entre ellos con los *emigrados* españoles, aunque siempre inmerso en ese discurso oficial. Para ellos el anarquismo, a pesar de su “desvío ideológico” y de sus “serias limitaciones”, fue la corriente más combativa de que se sirvieron los trabajadores en la Isla, al menos hasta la creación del PCC, y las luchas que dirigieron tuvieron alguna efectividad cuando los distintos gobiernos organizaron la política represiva contra ellos, lo cual se tradujo en el crecimiento de sus organizaciones y en la presencia creciente de anarquistas en Cuba.¹⁵ En relación con estas críticas resultan significativos otros estudios en los que algunos de estos mismos autores se centran en revalorizar el papel desempeñado por ciertos líderes obreros cubanos aún “a pesar de su adscripción al anarcosindicalismo”.¹⁶

De ese modo, la mayoría de los trabajos realizados hasta el momento se han ocupado del estudio de los trabajadores en Cuba desde un enfoque global; en pocos casos encontramos el anarquismo como tema central. Disponemos de algunas contribuciones, principalmente artículos, la gran mayoría realizados por investigadores de fuera de la Isla, que abordan la cuestión de una manera general, relacionando igualmente el crecimiento de esta corriente de pensamiento con la llegada de inmigrantes.¹⁷

Mención aparte merecen los trabajos realizados por Frank Fernández, en especial el titulado *El anarquismo en Cuba*. Aunque, como el propio autor indica, se trata de una “breve y condensada reseña de la influencia que dentro del pueblo cubano han tenido las ideas libertarias”, y con algunos errores en los datos ofrecidos, que en gran medida podrían deberse a que el

14 Véanse sobre el particular, entre otras, las obras de Padrón, 1980, sobre todo las pp. 8 a 18; Cantón Navarro, 1980-1981, 3-39; o Mendoza, 1985.

15 Sobre este tipo de interpretación destacan las obras de Cabrera, 1969 ó 1985a; Dumoulin, 1980; y del Toro, 1969.

16 Sirva de ejemplo Cabrera, 1985b. Resulta significativo que en algunos casos esta autora recurra a las notas recopiladas al final de los capítulos para hacer comentarios alusivos a las que considera influencias positivas de los ácratas sobre el movimiento obrero cubano. Véase, por ejemplo, la nota número 5 recogida en la página 22.

17 Sobre este tema destacan los artículos de Losada, 1995, 147-164; Naranjo Orovio, 1991; Cabrera, 1993, 97-105; y Peláez. Agradezco a esta autora la consulta del original.

autor utiliza testimonios orales, seguramente no contrastados, esta obra supone un primer intento de un historiador cubano por rescatar la imagen del anarquismo en la Isla, principalmente frente a los estudios reseñados.¹⁸

Asimismo resultan exigüos los estudios sobre las causas que coadyuvaban a que el anarquismo cuajara entre los trabajadores de Cuba a finales del siglo XIX y que en buena medida permanecerían vigentes para asegurar su crecimiento y afianzamiento tras la emancipación. ¿Se debe considerar esta realidad como la consecuencia directa de la llegada de anarquistas procedentes de España, como sostienen gran parte de los autores que se han ocupado del tema, o por el contrario prevalecieron otras circunstancias que orientaron a los trabajadores hacia esta corriente de pensamiento? Justificar este crecimiento únicamente con la llegada de ácratas españoles sería erróneo por el escaso número que suponían en comparación con el resto de la inmigración española; como veremos a continuación, la mayor parte de los inmigrantes procedentes de la Península lo hacían de zonas donde no habían tenido oportunidad de entrar en contacto con el Ideal libertario.

En relación con esta última cuestión, tradicionalmente, los trabajos sobre la organización de la clase trabajadora en América Latina se centran en privilegiar el análisis de las estructuras socioeconómicas para dar una explicación al surgimiento del movimiento obrero, así como a la toma de conciencia de clase, coincidiendo en la mayoría de los casos en que el avance de la clase obrera, sobre todo durante el siglo XIX, así como sus distintas manifestaciones, fueron motivados exclusivamente por la influencia recibida del exterior.¹⁹ Y relacionado directamente con este argumento, algunos autores justificaban el crecimiento del anarquismo en América Latina en el hecho de que esos inmigrantes europeos, sobre todo españoles e italianos, provenían de un ambiente artesanal o campesino y encontraban en las poco desarrolladas sociedades iberoamericanas el ambiente propicio para mantener los lazos con sus regiones de origen. Este sería el caldo de

18 Fernández, 2000. La cita aparece en la página 21. La interpretación apologética de este escritor e historiador cubano se entiende porque se trata de un veterano militante anarquista, miembro en la actualidad del Movimiento Libertario Cubano en el Exilio (MLCE). Uno de los errores que sostiene en ese libro es que el periódico ácrata *¡Tierra!*, dirigido por Abelardo Saavedra, fue uno de los principales voceros de la conocida como huelga del alcantarillado ocurrida en La Habana en el año 1899. Como veremos a continuación, ni el semanario habanero existía aún en ese año, ni el anarquista español fue nunca su director. Esta afirmación puede verse en la página 49.

19 Véanse, entre otros, González Casanova (coord.), 1984; Rama, 1976 o Melgar Bao, 1988.

cultivo para la ideología libertaria, a diferencia de aquellos países donde existía un incipiente proletariado industrial que encajaba mejor con la ideología socialista.²⁰

Las revisiones llevadas a cabo por otros autores en los últimos años están demostrando el peso que ejerció la propia iniciativa de los trabajadores iberoamericanos a la hora de afrontar la mejora de sus condiciones de vida y trabajo.²¹ Algunos de ellos están rescatando la idea de la existencia de unas raíces forjadas a mediados del siglo XIX, vinculadas a los movimientos republicanos más radicales que después enlazarían con las propuestas anarquistas.²²

Éstas y otras interpretaciones están recogidas en las investigaciones de Joan Casanovas Codina. En *¡O pan o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*, se analiza, en palabras del propio autor, “la historia de las clases populares urbanas en Cuba durante la segunda mitad del siglo XIX, en el contexto de la transición del trabajo esclavo al libre y de los vaivenes de la política colonial”. Asumiendo la influencia que se recibió del exterior, en este caso de España, lógica si tenemos en cuenta que en el período señalado Cuba aún era una colonia española, el autor demuestra cómo los trabajadores, y entre ellos los anarquistas, dieron una respuesta propia y adecuada al contexto en el que estaban inmersos, que en muchos casos supuso romper con las líneas directrices marcadas desde la Península. Al mismo tiempo pone de manifiesto los orígenes de estos primeros líderes anarquistas, en su mayoría criollos, en el republicanismo más radical, así como la adecuación posterior entre las propuestas ofrecidas por los ácratas y las necesidades de los trabajadores.²³

20 Este tipo de interpretación se ha dado sobre todo para el caso argentino donde destacan, entre otros, Godio, 1972; y Oved, 1978.

21 Sirva de ejemplo Lida (coord.), 1998, 67-119, donde se examina la irrupción del capitalismo en tres países de América Latina –México, Chile y Cuba– y la respuesta de las clases trabajadoras, concretamente de los artesanos urbanos durante el siglo XIX, principales actores sociales del mundo del trabajo que encabezaron la protesta urbana y continuaron organizándose en estructuras de base gremial.

22 Pioneros en esta línea de interpretación son también los trabajos de Clara E. Lida sobre el movimiento obrero español; véase, por ejemplo, 1972b, 169-230. Otro de los autores que nos dejó testimonio de los lazos entre el republicanismo más radical y el anarquismo en los orígenes del movimiento obrero español fue Anselmo Lorenzo, véase 1974, 31-44. Para el movimiento obrero surgido en Estados Unidos, esta línea de interpretación la sostienen, entre otros, Salerno, 1989, y Gabaccia, 1988.

23 Casanovas Codina, 2000. La cita aparece en la página 1.

Precisamente, en relación con esta última cuestión encontramos aún escasas investigaciones que se ocupen del anarquismo en Cuba como un proyecto político y cultural diferente al oficial y ofrecido a los trabajadores y sectores más desfavorecidos como modelo a partir del cual afrontar la mejora de sus condiciones de vida y trabajo. En ese sentido, una de las interpretaciones más recientes nos la ofrece la obra de Kirwin Shaffer, *Anarchism and countercultural politics in early Twentieth-Century Cuba*. En ella el autor aúna la teoría y la práctica del anarquismo durante las tres primeras décadas del siglo XX, demostrando no sólo que los anarquistas hicieron su propia interpretación y crítica de la realidad, sino que pusieron en marcha todas las armas de que disponían para luchar en contra de la cultura hegemónica que imponía que la nueva Cuba nacida de la emancipación debía ser una república cristiana y capitalista. La contraculturalidad la encuentra el autor no sólo en ese enfrentamiento en contra del modelo establecido, sino también en que los anarquistas ofrecieron un proyecto totalmente diferente al resto de los defendidos por otras corrientes de pensamiento. Así, por ejemplo, si bien socialistas o feministas cuestionaron algunos aspectos del sistema vigente, en realidad los movimientos que pusieron en práctica estuvieron siempre enmarcados dentro de la legalidad. Este tipo de enfoque sigue las corrientes anglosajonas que contraponen conceptos como “cultura hegemónica” –estatal– y “movimientos de resistencia contrahegemónica”.²⁴

A pesar de que se trata de un modelo trasgresor y contrapuesto al vigente, para nosotros el proyecto ofrecido por los anarquistas en Cuba tuvo muchos puntos de coincidencia con el resto de corrientes ideológicas que también tuvieron como objeto de reflexión a los trabajadores. Es por ello que preferimos darle un matiz diferente a nuestro estudio en consonancia con otros enfoques que sobre el anarquismo se están llevando a cabo en los últimos años para los que la actuación de sus seguidores fue más allá de la mera participación en las luchas obreras, por lo que es estudiado como un proyecto político, educativo y cultural alternativo para los trabajadores y sectores más desfavorecidos de la sociedad.²⁵ En nuestro caso, precisa-

24 Shaffer, 2005. En esta línea de interpretación destacan, entre otros, Milton Yinger, 1982, o Gledhill, 2000.

25 Sirva como ejemplo el libro de Suriano, 2001, cuya lectura ha resultado fundamental para nuestra tesis.

mente el haber elegido como objeto de estudio a los *emigrados* españoles le ha dado un mayor realce a la labor “difusionista” en detrimento de otros argumentos que privilegiaran en mayor medida los elementos autóctonos.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, la importancia del tema nos parece que radica, por tanto, en que en las primeras décadas del siglo XX el anarquismo en Cuba se convirtió en la única tendencia política de izquierda que ofreció a los trabajadores y sectores subalternos una alternativa de mejora global, viable y alcanzable de una forma más inmediata. Al propio tiempo, la eficacia de las propuestas que pusieron en marcha se demuestra en el hecho de que algunas de ellas fueron retomadas de alguna manera tras la revolución de 1959, entre ellas la alfabetización de las clases populares o la reivindicación y revalorización del papel de la mujer en la sociedad. Y para que todo ello fuera posible, anarquistas españoles como Abelardo Saavedra, Sebastián Aguiar, Domingo Germinal, Adrián del Valle, Vicente Lípiz o Pedro Irazoqui, entre muchos otros, trabajaron, lucharon y la mayoría de las veces sufrieron la represión de las autoridades, no sólo españolas, sino de la propia Isla. Ellos por sí solos constituyen un motivo suficiente para afrontar el estudio de la emigración política.

FAMILIA:Y... FAMILIA



Original de J. Barrera.

Ilustración 1. Familia y familia (*La Revista Blanca*)